

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UNA SUBTERRANEA LAGRIMA

PARECE ser que en algún sitio —de tierra adentro, por supuesto— cierto párroco rural ha organizado un concurso de campaneros. Los de la tele sacaron al reverendo en cuestión en uno de sus reportajes, y el buen hombre explicó sus intenciones. El de campanero, vino a decir, es un oficio que se extingue: cada día existen menos oportunidades de practicarlos, y valdría la pena de preservarlo en sus últimos residuos, aunque sólo fuese como una sencilla reminiscencia etnográfica. La imagen del cura quedaba encuadrada en un panorama obvio: una aldea que se adivinaba en trance de despoblarse, una iglesia pequeña y antigua, un campo ancho y raso bajo un cielo limpio... Sólo en un sitio así y en unas tales circunstancias la campana conserva aún algo de su prestigio tradicional. Y no mucho, me temo. Porque, a continuación, aparecieron en la pantalla dos o tres concursantes, y saltaba a la vista que el asunto va de capa caída incluso en los reductos agropecuarios. Los concursantes eran gente notoriamente anciana, y el que más, apenas confesó conocer cinco o seis toques distintos: el del avermaría, el de ánimas, el de agonía, los de entierro, el volteo general, y pare usted de contar. El arte de tañer los bronces eclásticos pasó a la historia.

«¡Yunque, sonad; enmudeced, campanas!», escribió el señor Machado en un verso que —sin duda— aspiraba a ser solemne y apostrofal. La inocente euforia progresista de don Antonio todavía se mantuvo al nivel de los ruidos metálicos de origen manual, si puedo decirlo de este modo. Un poeta siempre es un poeta, y él, como cualquier colega suyo en el mismo caso, prefirió evocar el «yunque» rítmico y enternecedor. El fragor de una nave de fábrica, poblada de máquinas horribles, habría constituido una referencia poco lírica. Además, es muy probable que Machado nunca hubiese puesto los pies en una factoría medianamente rentable. Pero, sea lo que fuere del tropo, las palabras citadas son reveladoras: se trataba de contraponer el «yunque» laboral y laico a la «campana» superflua y clerical. Los liberales celibéricos tendieron a ver —a oír— en las campanas el símbolo más «estentóreo» del poder de la Iglesia: de las campanas no les molestaba exactamente el estrépito, cosa que entraría dentro de lo razonable, sino su valor emblemático. Recuerdo que, en mi país, durante los primeros meses de la II República, muchos ayuntamientos del nuevo régimen pusieron trabas al ejercicio del campanero, bien con prohibiciones a ultranza, bien con tarifas de impuestos municipales. Era una manera como otra cualquiera de amordazar al clero. Ingenua y tonta, por lo demás.

Sin embargo, la jubilación de la campana no ha de achacarse a la tirria del anticlericalismo indígena. Hablo de lo de acá. Otros muchos factores, y más eficaces, ayudaban a ello. Son factores que hasta en la sacristía más preconciencia se aceptan sin protesta. La cosa comenzó en las grandes ciudades.

LAS ULTIMAS CAMPANAS

A medida que iban creciendo el casco urbano y la circulación rodada con motores de explosión, y los rumores inherentes, y más, la campana quedaba ahogada por el estrépito secular. Se convirtió en esquila, a tenor de las proporciones de decibelios. No se la oía a dos pasos de su torre. Eran inútiles sus llamadas al rezo, su convocatoria a ceremonias, el tintineo de las fiestas, el doblar por los difuntos más o menos fieles. Muchos campanarios quedaron cohibidos por los minirascacielos circundantes. A ello se sumó en seguida la perspicacia administrativa de los vicarios: electrificaron sus campanas, y un monaguillo, con el simple acto de apretar un botón —un conmutador—, suple el jornal de tantos campaneros como se quiera. La economía de la parroquia aconsejaba el cambio. Y luego, con los recortes de la liturgia y el entusiasta abandono de las funciones piadosas a que se han entregado los clérigos de las últimas hornadas, ya han clavado la puntilla al venerable instrumento musical.

No será necesario acudir a noticias arcaicas: los cabildos y los economos, los arciprestes y los abades, en sus tiempos de plenitud, tenían un ritual para sus campanas. No hay templo que se precie de alguna tradición, que no cuente con su «consuetud» para el campanero. La del Miguelete de Valencia era complicada, rica en matices, preciosa. Acabo de calificar a la campana de «instrumento musical»: no lo era, hablando con propiedad —ni el carillón—; pero permitía un juego de sonidos muy delicado, que servía para anunciar al vecindario los acontecimientos públicos y privados más diversos. Mientras no hubo un medio de «informar» —sonoro— que le superara, y en estas latitudes sólo fue con la radio, el código de los repiques resultaba imprescindible. Avisaban, con su rebato, el incendio, la agresión, cualquier alarma; circunstanciaban la muerte de cada quisque, según su clase o su edad o su sexo, en cuidadosas combinaciones de badajos, cumplimentaban las novedades alegres con gloriosas expansiones. Eran «noticias» profanas, éstas. Y se les añadían las de estricta observancia eclesial: misas, rosarios, ángeles, novenas, patronos... Yo no soy tan viejo como para que mi testimonio no valga lo suyo. Hace unos pocos lustros, en mi pueblo —unos veinte mil habitantes, para lo que quieran mandar—, las campanas todavía eran algo. Algo importante. Tenemos buenas campanas, en Sueca: de una aleación magnífica, y de tamaños diversos, que permiten una brillante orquestación. Unos tios forzudos, y no precisamente de comunión diaria, eran los que las manejaban. Y se sabían al dedillo la variedad de los toques. Ahora, mis dos campanarios excelsos marchan con electricidad. Y su repertorio es pobre.

Si vale el truco de chiste, podríamos decir que una campana electrificada es como un huevo frito sin sal. Se han esquemmatizado los tañanes. Hasta hace cuatro días, en que hubo cam-

paneros, mi feligresía pudo saber algo de la vida que la abrumaba o la alegraba: cuándo, quien moría, era un «albat» —un nene—, y cuándo una mujer, y cuándo un hombre, y si rico o si pobre o si de media capa; y si había un siniestro en la localidad; y si la vigilia era egregia —Corpus, San Pedro, los Santos de la Piedra, protectores de las cosechas— o de trámite; si se iba a recitar un rosario, o si las Cuarenta Horas del momento eran más suntuosas que las de la semana anterior... Ahora ya tenemos parroquias sin campanas. Esto tenía que ocurrir, y ocurre. Con una implacable ferocidad. No sé si la catedral de San Patricio, en Nueva York, tiene campanas: ya me dirán ustedes qué será una campana en Nueva York. La victorhuguesa Notre-Dame, o las seos no menos, quizá más, magníficas de Colonia, de Milán, o de Chartres, o de... Europa está llena de catedrales. No podemos correr cincuenta, cien kilómetros, sin tropezar con una catedral. Hemos tenido Edad Media. Sus campanas callan. O están acalladas por la presión circundante. Cuando el área que dominaba el campanil se ve acogotada, el silencio se impone. Pero incluso el poblacho más bucólico ha de prescindir de sus campanas. El paro de estas bellas herramientas sonoras es un paro «tecnológico».

Tal como van las maniobras de la piedad, no hay esperanzas. Las aportaciones espontáneas de la clientela apenas llegarán a pagar el sueldo de los que, como dice San Pablo, por servir al Altar, han de vivir del Altar. Y el campanero es superfluo. No hay vocaciones de campanero, en estos días. Para manejar unas buenas campanas se necesita biceps robustos y ánimo jovial. Sería un trabajo duro. El jornal no compensa. Los chicos se van a la fábrica o a la covachuela, donde se cobra más, y sin sudar tanto... Haría falta que se constituyese una «Asociación de Amigos de las Campanas». —¿no existe aún?— para paliar el desastre. Habitualmente, las «Asociaciones de Amigos de» son grupos ciudadanos dispuestos a abonar una cuota —en moneda contante y, ¡ay!, sonante— para gozar del resultado de su mecenazgo. Sospecho que habrá pocos, muy pocos «Amigos de las Campanas». Muchos menos que «Amigos de los Castillos»... Mi obligación, ahora, sería terminar esta nota con una lagrimita de añoranza. Pues sí: ahí va, desde la primera línea del artículo, una subterránea lágrima de nostalgia. Una campana, para quienes siempre hemos oído campanas y sabiendo quién las tocaba, no puede dejar de ser un estremecimiento ambiguo, fisiológicamente torvo, fatigado. Y es que los que —echando por bajo— hemos cumplido los cincuenta somos unos matusalenes inexplicables... Echar de menos las campanas es una perversión senil. Y si no, será folklore. Como lo es el concurso extremeño o manchego de campaneros...

Joan FUSTER

CONTINUAMOS

FILOSOFIA PARA EL DIARIO

(2)
QUEDAMOS, pues, en que continuamos (1).

Una manera de poner las cosas en claro procede por eliminación. En materia filosófica (y en muchas otras; por ejemplo, en la política), se gana bastante con saber lo que no se quiere decir.

En mi aludido artículo anterior hablé de «dos modos, igualmente legítimos, de hacer filosofía», y ahora voy a precisar lo que no entiendo por ellos.

Por lo pronto, no entiendo el seguir tal o cual tendencia filosófica, una de las cuales sería «legítima» y la otra no. Conozco a un viejo, y posiblemente decrépito, profesor de filosofía estadounidense (si bien, por lo que habla, lo mismo podría ser portugués o, con perdón de los ciudadanos de estos honorables países, etíope) que, cuando quiere iniciar una conversación «soi-disant» filosófica —cuando, por ejemplo, entrevista a un atomizado candidato a una modesta ayudantía—, le espeta la extrañísima pregunta: «Y usted, ¿qué?», seguida de inmediato de la no menos insólita cuestión: «¿Es usted platónico o aristotélico?». Si el interlocutor contesta: «Yo, verá usted, soy más bien...» y mirando a su interrogador en busca de orientación en tal delicadas circunstancias, termina por decir, cerrando ahora los ojos por si se le escapa el cincuenta por ciento de probabilidad en su favor, «soy más bien... platónico», nuestro vetusto profesor se encarga inmediatamente de calmar sus presuntas inquietudes («¿no habría sido mejor decir aristotélico?», con palabras piadosas como «Pero ¡hombre! no se asuste usted; en realidad, no importa mucho. Platónico o aristotélico: esos son dos modos igualmente legítimos de hacer filosofía» —y hubiera podido agregar, si jamás se le hubiese ocurrido, «cual dicen los entendidos de la relación entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, el aristotelismo late en el platonismo, y el platonismo está patente en el aristotelismo»,

cosa que, en buena plata (lo que en el caso de marras no es sólo una metáfora), equivale a sentenciar: «No se preocupe: queda usted alquilado».

En general, no entiendo por «dos modos, igualmente legítimos, etcétera» cualesquiera «escuelas» filosóficas, del pasado o del presente, aún cuando, como es frecuente, se presenten apareadas: escépticos y dogmáticos en la antigüedad, cristianos y neoplatónicos al final (aproximadamente), del mundo antiguo, tomistas y escotistas, o escotistas y occamistas en el período medieval, cartesianos y anti-cartesianos, leibnizianos y newtonianos en la edad moderna «clásica», existencialistas y analíticos, analíticos y marxistas, marxistas y estructuralistas, etc., etc. en períodos más cercanos.

Cierto que, dadas dos tendencias filosóficas suficientemente elaboradas, parece que cada una de ellas haya de ser considerada como un modo legítimo de hacer filosofía, ya que en cuestiones filosóficas (y en tantas otras), no es decoroso descartar, o ignorar, completamente a la oposición. Desde luego, lo último se hace cada dos por tres, lo que explica, aunque no justifica, que algunos consideren la tendencia propia como «la buena», «la legítima», si no «la única», y la ajena como... lo que en cada caso se imagina que es: una manera de perder el tiempo, un género literario más o menos (más bien más que menos), aburrido, un análisis meramente superficial y clara, o vergonzosamente, unidimensional que pasa por filosofía y es un enmascaramiento ideológico, «una frivolidad procedente del Este» (cual dijo un ilustrado maestro, como si antes no hubiera procedido del Oeste o importara gran cosa que haya venido del Oeste, del Este o del Norte y como si la frívola palabra «frivolidad» bastara para liquidar la cosa). Pero «la oposición» es real y casi siempre bien razonada y, en este sentido, «legítima». Sin embargo, no es este tipo de «legitimidad» el que me importa. Los dos mo-

dos legítimos de hacer filosofía que estoy tratando de dilucidar son igualmente aceptables. Las tendencias filosóficas opuestas, en cambio, bien que igualmente dignas de ser consideradas, son también igualmente dignas de ser criticadas. Aunque no hay que ser dogmático, ello no empece para que se sea crítico. No se gana mucho con cruzarse de brazos, o hacer vagos gestos de tolerancia, proclamando cosas como: «Bueno, ya sé que eres un fenomenólogo, y por colmo uno de esos que se dicen existenciales, o tal vez me equivoco y eres un estructuralista de tal o cual rama, o un marxista de esta o la otra cuerda, mientras que yo, ya ves, soy analítico a machamartillo, pero no te preocupes, porque hay dos, tres, cuatro, infinitos modos igualmente legítimos de hacer filosofía, y tú haces la tuya y yo la mía, y venga un abrazo, porque todos somos filósofos y rebotamos de legitimidad, etc.». A diferencia de los modos legítimos de hacer filosofía, las tendencias filosóficas son tolerables, o criticables, o ambas cosas a un tiempo.

Tampoco entiendo por «modos» ciertas llamémoslas «propensiones» o «actitudes» que pueden entrecruzarse con las que llamé «tendencias», pero aquí tengo que hilar un poco más delgado.

Consideremos dos actitudes filosóficas tan generales y tan (relativamente) bien identificables como las llamadas «racionalismo» y «empirismo», «or de pronto en la época moderna «clásica», de Descartes a Hume, pero también otras en que se adoptaron parejas actitudes con distintos nombres.

En algún sentido tales actitudes son modos de hacer filosofía que a un tiempo se oponen y se complementan y que resultan perfectamente «legítimos». Se oponen, porque se es racionalista en la medida en que no se es empirista y viceversa. Se complementan, porque cada una de estas actitudes choca con dificultades que puede sortear la otra.

Las actitudes se parecen asimismo a los «modos» en cuestión porque, como los últimos (según se verá, espero, oportunamente), ofrecen muchas variedades, algunas de las cuales parecen formar parte de la actitud «opuesta». Hay un empirismo en Santo Tomás de Aquino y uno en Hume, pero no cabe la menor duda de que «son diferentes». Son también muy diferentes Descartes y Chomsky, diga lo que diga el último. Ideas innatas las hay de muchas clases, incluyendo algunas que, como en Leibniz, son innatas casi sólo por cortesía, y otras son innatas sólo en la medida en que se puede (si es que se debe), decir que un código genético es innato. En suma: racionalismo y empirismo pueden confrontarse mutuamente, complementarse mutuamente, entrecruzarse y hasta confundirse, pero no operan, como los tan anunciados (y todavía misteriosos) «modos», paralelamente.

Parece que ha llegado, por fin (¡por fin!), el momento de decir, o de anunciar que voy a decir, lo que entiendo por «dos modos, etc.», etc.», pero en filosofía, aunque sea para el diario, las cosas van despacio. «El filósofo —escribió una vez Santayana— contempla estrellas que se desplazan lentamente». Menos respetuoso que Santayana, yo diría que el filósofo es como una tortuga que marcha tortuosamente. Quedan aún dos tipos o maneras de filosofía que no son todavía los sobre y susodichos modos, pero que se les parecen tanto que aquí empieza uno a tener serias dudas: son lo que se ha llamado «razón analítica» y «razón dialéctica». Como de ellas se ha hablado mucho, no sólo por razones filosóficas, sino también, y sobre todo, ideológicas y políticas, merecen artículo aparte.

J. FERRATER MORA

(1) Véase el primer artículo de esta serie en la edición del 4 de febrero.

AHORITA PARQUET
COLOCADO, PULIDO y BARNIZADO
a 330 ptas. m² EUCALIPTO
a 380 ptas. m² ROBLE
instalación rápida sin obras sobre su suelo viejo
mady PAVIMENTOS BALMES, 331 - T. 212 16 50

¿NO VE VD. BIEN?
Compre sus gafas en
ÓPTICA CLARAMUNT
PINO, 6
Calle Poeta Cabanyes, 17. Teléfnos 241.00.93 y 241.00.96

REPARACION y TRANSFORMACION
DE COCINAS A GAS Y BUTANO DE TODAS MARCAS Y SISTEMAS CONF. OR Calle Poeta Cabanyes, 17. Teléfnos 241.00.93 y 241.00.96

SEMANA SANTA en CABRILS
(por Vilasar de Mar)
HOTEL-LOAL Tel. 5
Calafación, Cocina atendida por el mismo dueño.

Instituto de Estudios Norteamericanos
Vía Augusta, 123
Ciclo sobre la mujer. Martes, 13 de marzo, 20 horas
Conferencia a cargo del
Dr. Juan Obiols Vié
Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona
Sobre el tema:
De la esclava a la «Women's Lib»
Salón-teatro Entrada libre